

el sustento; de suerte que su residencia no es fija. Los pueblos abandonados por los negros suelen ser la morada favorita de los chimpancés, porque allí crece el papayo en gran cantidad, y allí permanecen mientras encuentran frutos con que saciar su voracidad.

Las bandadas de chimpancés van siempre dirigidas por el macho adulto más fuerte y de más pericia. El chimpancé completamente desarrollado puede romper ramas que apenas conseguirían doblar dos hombres. Los negros afirman que el chimpancé hállase dotado de suficiente fuerza para oponer resistencia á diez indígenas; pero confiesan que aquel simio no ataca nunca al hombre, ni combate con él sino forzado á la lucha y para defenderse. Cuando esto ocurre, el jefe lanza un grito semejante al de una persona que se halla en peligro de muerte: los demás chimpancés trepan con gran velocidad á la cima de los árboles, dejando oír gritos que semejan algo al ladrido de nuestros perros. Cuando el cazador ha matado á un individuo de la bandada, entonces se precipitan todos los machos sobre su enemigo. ¡Desventurado el cazador si se halla solo y la tropa de monos es numerosa! Cuéntase que varios cazadores han podido evitar la muerte abandonando algunas prendas ó armas, entreteniéndose los monos en hacerlas pedazos. Los chimpancés emplean sus dientes y manos para atacar ó defenderse; pero, según parece, saben también hacer uso de palos, piedras y otras armas de este género, bien que es difícil admitir que sepan manejar los palos á guisa de mazas. No podrían hacerlo, porque su paso es muy vacilante é inseguro cuando se apoyan sólo sobre las dos piernas traseras, y el esfuerzo necesario para levantar con furia el palo bastaría para que perdiesen el equilibrio y diesen con su cuerpo en el suelo.

Uno de nuestros grabados representa una lucha de Savage con un chimpancé muerto á hachazos.

Entre los chimpancés reina la más envidiable unión y armonía. Los machos aman á las hembras, el amor maternal merece subido encomio, y los más fuertes defienden siempre á los débiles.

Los negros, que se juzgan parientes de los orangutanes, creen ver en el chimpancé al individuo de una raza especial, que por su mala ralea ha sido expulsado de la sociedad de los hombres, y que por su persistencia en el mal ha llegado paulatinamente al grado de abyección en que actualmente se encuentra. Semejante creencia no impide que muchas tribus indígenas se coman á los monos cuando pueden cazarlos.

Nuestras propias observaciones nos permiten añadir los siguientes datos venatorios, que pueden ser úti-

les así al explorador y viajero como al *sportman* que tenga el antojo de cazar algún chimpancé y aun el mismo gorila.

La Nigricia y la Guinea son las regiones de África en que abundan los simios antropomorfos, negros ó trogloditas.

El chimpancé habita con preferencia los sitios rientes y alegres de las selvas, que prefiere á los sombríos y abruptos. Más juguetón y alegre que el gorila, su naturaleza no se compadece y aviene con los paisajes tétricos y medrosos.

Hemos hallado con frecuencia nidos y huellas de chimpancés junto á plácidos y murmuradores arroyuelos, en sitios llenos de verdura, y donde abundaban sabrosos frutos. Los chimpancés viven regalados en el seno de aquella naturaleza virgen, y sólo turban su felicidad las algaradas de los indígenas.

La fábula de que los chimpancés forman grandes tribus, no merece siquiera rebatirse. Viven en pequeñas familias, y se comprende; porque, necesitando mucho alimento, si vivieran en gran número sería terrible la lucha por la existencia.

Los chimpancés se alimentan con frutos, raíces y hojas, pero no desdeñan los huevos y los pájaros.

El chimpancé es turbulento y de genio alegre, y no es raro que alborote los ecos del bosque sacudiendo los troncos de los árboles.

El nido del chimpancé consiste en un hacinamiento de hojas secas sobre ramas, formando un mullido asiento donde reposa, durante las noches, aquel mono. Alguna vez estos nidos tienen una cubierta; pero, de todas suertes, no son ninguna maravilla de ingenio ni de trabajo; y se comprende que sean ligeros y fabricados de prisa, porque el chimpancé se ve forzado á cambiar con frecuencia de morada para procurarse el sustento.

Aquel simio duerme, de noche, sentado sobre el lecho de hojas, adosada la espalda en el tronco del árbol.

El chimpancé huye del hombre. Su fuerza es mucha, y su agilidad pasmosa. Nada más curioso que contemplar sus atrevidos ejercicios gimnásticos, lanzándose de rama en rama.

Forzado á la lucha, se defiende con furia, enlazando el cuerpo de su adversario con sus brazos, y tirándole terribles mordiscos. La hembra suele permanecer en las ramas de los árboles con sus pequeñuelos.

Los grandes caninos y los vigorosos brazos del chimpancé son sus armas ofensivas y defensivas; armas terribles, pues llega á arrancar las lanzas del adversa-

rio, de las que se sirve á guisa de bastones. Salvo el caso de legítima defensa, el chimpancé es un animal pacífico, que causa sólo algunos destrozos en las plantaciones, sobre todo en la de los bananos. Alcanza la edad del hombre.

En los jardines zoológicos de Europa y América los chimpancés suelen vivir poco. En extremo sensibles, pasan de la alegría á la tristeza. Los pequeños chimpancés, que no aceptan la sociedad con otros animales, dejan aproximarse impunemente á los niños.

Los nigricios cazan á los chimpancés con armas de fuego, arco ó lanza; y rara vez emplean el hacha llamada *banyay*. En los diversos distritos de Guinea, según Hartmant⁽¹⁾, entre los *niam-niams* y los *mayemas* se

hace una caza activa á los gorilas y chimpancés. En aquel país, donde se encuentran diversas variedades de aquellos monos, los cazadores nigricios, y especialmente los *schekiamis*, tiran con mosquete, para satisfacer á los viajeros que anhelan enriquecer los museos de los países civilizados, ó traficantes que han de satisfacer numerosos pedidos.

Los *niam-niams* aprisionan al *mandjarama* (variedad del chimpancé, descrita por Schweinfurth) en los árboles por medio de lazos, y empleando las lanzas. Muchas veces los matan por placer ó por comer su carne.

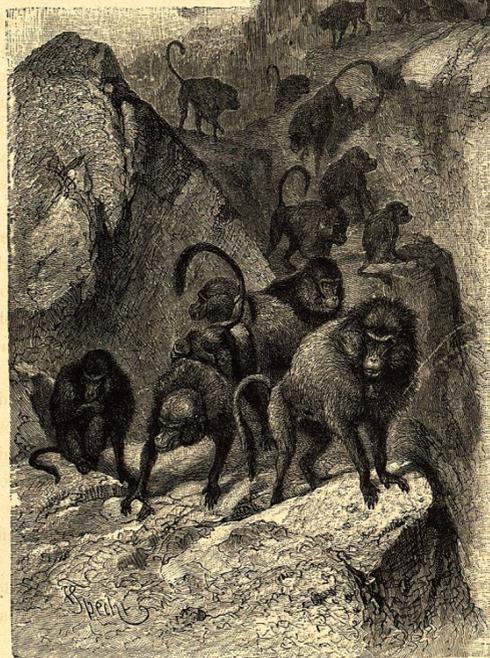
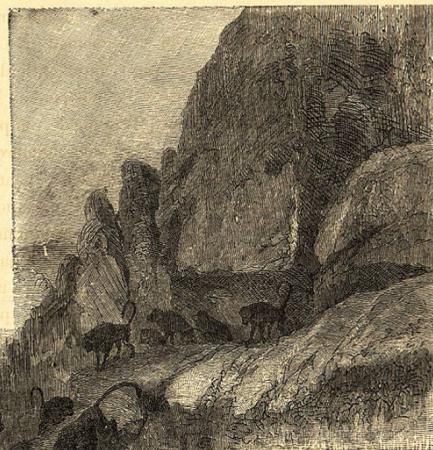
En Mayena se caza de igual suerte el *soko*, que es otra variedad del chimpancé.

III

El orangután merece también ocupar nuestra atención.

Plinio cuenta que correteaban por las montañas de la India sátiros, animales de mala ralea y con rostro humano, marchando unas veces erguidos y sobre dos

pies, y otras á cuatro patas; y á los que era difícil aprisionar por la rapidez de su carrera.



Monos cinocéfalos.

Tulpius⁽¹⁾, en el siglo XVII (1641) trazó con el lápiz el retrato del orangután, llamado el hombre de las selvas, y por los africanos *enoias morrou*.

Bontius, médico que vivía en Java en la mitad del siglo XVII, habla también del orangután con perfecto conocimiento de causa.

El orangután asiático, apellidado *orang-outang* ó

pongo, se diferencia del africano por la longitud considerable de sus brazos y por la forma piramidal ó canina de su cabeza.

El orangután macho alcanza la estatura de 4 pies, y la hembra mide medio pie menos.

Aquel simio se halla sólo en la isla de Borneo, donde vaga por las selvas solitarias del sud y del oeste en

(1) *Les peuples de l'Afrique*.

(1) TULPIUS; *Observationes medicae*; 1641.

los valles de Kahayán, Sampit, Mandawej, Kotaringín, y á orillas de los otros ríos de las islas.

El orangután ha desaparecido de todas las comarcas habitadas por el hombre; y se encuentra sólo en las retiradas y salvajes.

Los orangutanes adultos suelen vivir solitarios. Los jóvenes y las hembras viven formando sociedad; pero no se reúnen en grandes bandadas.

Los orangutanes jóvenes y más vigorosos viven sobre los árboles. Su andar y movimientos son perezosos, y trepan pesadamente á los árboles apoyándose con sus dos manos delanteras. Aquellos simios hallan en los árboles todo lo que necesitan para su sustento: frutos, flores, insectos, huevos, etc., etc. Construyen su nido á una altura de 15 á 20 pies del suelo. Algunos viajeros afirman que el orangután duerme tendido como el hombre, y que cuando tiene frío cubre su cuerpo con hojas.

El orangután no es batallador por temperamento, y antes busca en la soledad la calma y el sosiego. Cuando turban la quietud de los bosques sospechosos rumores, busca el refugio en la cima de los árboles, escondiéndose entre el ramaje. Cuando su asilo no le ofrece seguridad, entonces se dirige en busca de otro, pero no atolondradamente, sino con calma y reflexión.

Cuando el cuitado simio ha recibido un balazo, ó perforado su piel alguna flecha, entonces lanza grandes gritos, rompe las ramas que halla á su alcance, y las arroja sobre su enemigo.

El orangután es lento, aun en los momentos en que se halla poseído de mayor furor. No es cierto que esgrima las ramas á guisa de maza, como suponen algunas fabulosas narraciones inventadas por los indígenas.

Como muchos animales de los bosques, el orangután herido es temible para el cazador, pues su fuerza es mucha y sus dientes agudos. Es imposible aprisionar vivo á un viejo orangután. Cuéntase que muchos cazadores derriban los árboles alrededor de aquel que sirve de refugio al simio, quitándole de esta suerte la retirada. Shonten cazaba con lazo los jóvenes orangutanes.

IV

Los gibbones alcanzan á lo sumo unos 3 pies de estatura, y son los simios que tienen los miembros anteriores más largos.

Habitan en el Asia, y sobre todo en las regiones de la India é islas vecinas.

En mis cacerías he hallado gibbones desde las costas arrulladas por las olas del mar hasta 4,000 pies de altura. Unos monos prefieren guarecerse en los junglares, mientras otros buscan los grandes bosques y espesísimas selvas.

Era en 1874 cuando, fatigado de las monterías del tigre y del leopardo, acepté la tentadora oferta que me hizo un *civiliam* de Benarés de cazar á los gibbones.

Nos dirigimos hacia las montañas de Ghats, del este al norte de Madras, pobladas de frondosos árboles.

—¿Conocéis los gibbones?— me preguntó el *civiliam*.

—Poco,—contesté,—y sólo por las descripciones que hacen algunos viajeros y autores de historia natural. Sé que existen,—añadí,—el gibbon *siamang*, que habita en Sumatra, y que es el mayor, pero el más pesado y torpe; el gibbon *ungko*, de pelaje variado, que pasa del blanco al negro con toda suerte de matices, y que se halla en la Malesia; y, finalmente, el gibbon *oa*, que se encuentra en casi toda la India.

—Perfectamente,—repuso el *civiliam*.—Nuestra cacería se dirige á los gibbones *oas*. Su color es, generalmente, gris ó pardo, y su constitución física es á maravilla apropiada para los saltos y trepar por los árboles. Con auxilio de sus miembros posteriores se desprenden con fuerza de las ramas; y con sus largos brazos anteriores se cogen con pasmosa facilidad.

Entretenidos en sabrosa plática el *civiliam* y yo, seguidos de dos criados, llegamos á un claro del bosque, donde nos apeamos dejando allí nuestras cabalgaduras.

—Es menester no hacer ruido, pues los gibbones son animales muy tímidos,—dijo mi excelente guía.

Serían las nueve de la mañana, hora en que el Sol en la India dirige con gran fuerza sus ardorosos rayos sobre la Tierra; pero el bosque era tan frondoso, de tal suerte se entrelazaban y cruzaban las ramas, formando una tupida y espesa bóveda de follaje, que estábamos sumergidos en una misteriosa penumbra. Olores penetrantes y deliciosos embalsamaban el ambiente, y se oían los misteriosos rumores de las selvas solitarias de los trópicos.

De repente percibimos agudos chillidos á unos cincuenta pasos del sitio en que nos hallábamos.

—Atención,—dijo el *civiliam*;—son los gibbones.

Adelantamos cautelosamente y sin hacer ruido.

No nos habíamos equivocado, y á nuestra vista se ofreció un espectáculo extraño y curioso. Una bandada

de gibbones se entregaban á toda suerte de ejercicios, trepando y saltando de un modo vertiginoso por los árboles. Los más jóvenes se balanceaban cogidos á las cañas y bambús; las hembras y sus hijuelos en la cima de los árboles; y los adultos correteando y saltando á distancias inmensas, cogiendo frutos y hojas.

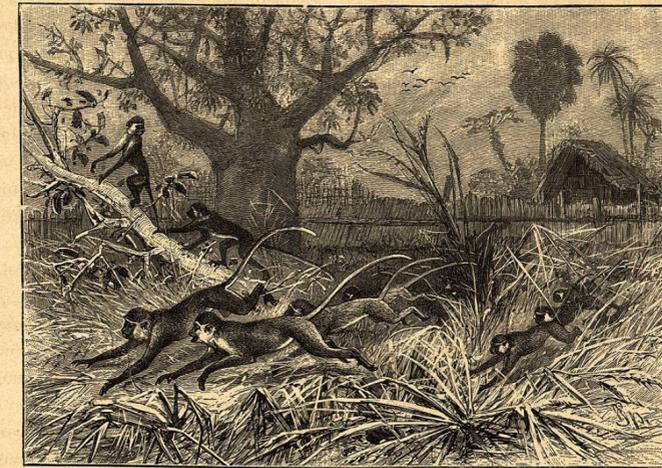
Asombrado por semejante espectáculo, que se realizaba en tan espléndida escena, no me acordé de que empuñaba el fusil de caza.

—¡Fuego! ¡fuego!—gritó el *civiliam*.

Sonaron tres disparos. El *civiliam* y los criados habían hecho fuego.

Tres gibbones cayeron; uno muerto y dos heridos. Difícil es pintar la alarma, el terror que se apoderó de los simios, que huyeron á la desbandada, lanzando extraños gritos de terror.

Nos acercamos. Los gibbones heridos eran adultos, y estaban tan maltrechos que en breve espiraron. Nues-



Steeple-chase

tros criados tomaron posesión de los trofeos de caza; y en mi casa tengo disecados, en extrañas actitudes, los cuerpos de aquellos gibbones.

V

Los simios *sempopithecus* son pequeños, de cola larga, delicados, de pelaje fino y hermoso color.

Aquellos monos moran, exclusivamente, en el Asia meridional, lo mismo en el continente que en las islas. Viven en los árboles y son muy sociables.

La especie más notable del grupo es el *entelo* que ha recibido de los indios el nombre de *houlman* ó de *houneman*; los malabares le llaman *mandi*; los maharattas *mabus*.

Los indios le deifican; así es que no es de admirar que se apellide *mono sagrado de los indios*. Tiene 2'5 pies de longitud; su cola, 3. Su pelaje es blanco amarillento.

Difícil y arriesgada empresa es la caza del *entelo* porque los indios la juzgan como profanación.

Tavernier cuenta que, habiendo un joven holandés, recién llegado de Europa, dado muerte á uno de aquellos monos, que rondaba por un jardín vecino, la multitud se alborotó, y solo merced á la fuga pudo salvar la vida.

El naturalista Duvaucel tardó mucho en poder dar caza á un *entelo*, porque, adivinando sus intenciones, era vigilado por los bramines.

Aquellos monos corretean libremente por las casas, plazas y jardines, sin que nadie les moleste. Como es natural, no siendo perseguidos, y antes bien mimados y adorados, se propagan; y, como dice Forbes, hay